

III. CONCEPTOS Y PROBLEMÁTICAS





Dos legados freudianos

OSVALDO M. COUSO*

Escuela Freudiana de Buenos Aires, Argentina



Dos legados freudianos

Resumen

Freud nos lega la idea (ya clásica) de que la castración, que posibilita un sujeto deseante, abre la ocasión para que un hijo vaya “más allá” del padre. Pero el aspecto renegatorio del fantasma neurótico hace necesario “volver a pasar”: la castración deberá ser actualizada. Solo entonces ese “más allá...” será un “más lejos” que no se confunda con el “triunfo” de la rivalidad edípica. Para transmitir la castración es esencial (segundo legado freudiano) un padre capaz de no “creerse” el endiosamiento que se le adjudica, capaz de asumir cuestiones cruciales del hombre: su esencia de hablante-ser hecho de símbolos (y entonces de ausencias y olvidos) implantados en un cuerpo hecho de goces y acuciado por la muerte.

Palabras clave: ateísmo, castración, más allá del Padre, Padre.

Two Freudian Legacies

Abstract

Freud bequeaths the (now classic) idea that castration, which makes a desiring subject possible, creates the space for a son to go “beyond” the father. But the renouncing aspect of the neurotic ghost makes it necessary to “pass again”: the castration shall be updated. Only then, that “beyond...” will be a “farther” “farther”, not to be confused with the “success” of Oedipal rivalry. In order to transmit the castration, it is essential (second Freudian legacy) to have a father able not to “believe” the idolization attributed to him, able to take on crucial human matters: his essence of speaker-being made from symbols (and thus, from absences and lapses implanted in a body made of pleasures and haunted by death.

Keywords: atheism, beyond the Father, castration, Father.

Deux legs freudiens

Résumé

L'idée, déjà classique, que la castration qui fait possible un sujet du désir ouvre la voie à ce qu'un enfant puisse aller « au-delà » du père, nous est légué par Freud. Mais l'aspect dénégatoire du fantôme névrotique oblige à en repasser : la castration doit être actualisée. Ce n'est qu'ainsi que ce « au-delà » deviendra un « plus loin », à ne pas confondre avec le « triomphe » de la rivalité œdipienne. Pour transmettre la castration il est exigé (deuxième légat freudien) un père capable d'assumer des questions cruciales de l'homme : sa condition de parlêtre fait de symboles, et donc d'absences et d'oublis, greffés dans un corps fait de jouissances et harcelé par la mort.

Mots-clés : athéisme, castration, l'au-delà du Père, Père.

* e-mail: omcouso@yahoo.com.ar

“... la edad en que la vida, para cualquier hombre, es una derrota aceptada”.

MARGUERITE YOURCENAR

El descubrimiento del inconsciente que debemos a Freud cambió el mundo mismo.

La existencia de una nueva praxis, capaz de modificar radicalmente la vida misma de los sujetos, no es el menor de tales cambios, ni tampoco el único. Excedería en mucho las posibilidades de este trabajo recorrer los diversos e innumerables aspectos que dan testimonio de lo enunciado.

¿Cómo hacer honor a un maestro que funda un nuevo campo y a una enseñanza con tales consecuencias esenciales para el hombre, el arte, las ciencias, la cultura, las sociedades y el mundo mismo? De un único modo: servirse de los significantes legados, para continuar esa enseñanza en su propio movimiento, interrogarlos permanentemente, tomándolos como punto de partida para que los cambios que ellos producen en la praxis motiven en las nuevas generaciones de analistas nuevos desarrollos y avances.

Es de estructura para el ser hablante que todo texto implica la posibilidad de ser sacralizado: “magia” de la letra que puede ser reducida al trazo que pretende hacer pasar una Palabra Verdadera que se concibe como “anterior” a la escritura misma. Se revive así un Creador que llama a la obediencia ciega, a cambio de la cual el sujeto encuentra protección para afrontar un real por el que debiera dejarse interrogar, para tener la chance de desarrollar sus potencialidades creativas.

Tal protección es el resorte por el cual el sujeto puede llegar a refugiarse en la esclavitud, prefiriéndola a la libertad. Puede “querer creer” que el saber que recibe es “completo”, contiene la revelación definitiva de los misterios... aunque con ello el texto se petrifique y se vuelva ininterrogable.

Todo texto puede ser el mensaje de un dios, articularse con la voz que lo pronunciara, con la mano que lo escribiera. Toda letra aúna revelación y obediencia, palabra y mandato, libertad y esclavitud, deseo o sacrificio. Libertad y muerte urden la trama de las letras, dormitan a la sombra de su maraña, a la espera del acto creador que las despierte y vivifique.

El adormecimiento transforma la ruptura en rutina, las indicaciones o sugerencias en método, el sostenerse en relación con lo real en ilusión de filiación y de dominio.

Así, queda negado que el único legado del escrito es transmitir el deseo de poner a trabajar la escritura, de escrutar, de convalidar cada uno por sí mismo los alcances y consecuencias del saber. De leer interrogando (los dioses y sus mensajes).

Solo así, si en lugar de sacralizar se interroga, queda promovido el deseo antes que el homenaje, la lectura antes que la obediencia, la invención antes que la repetición religiosa y vacua.

Fue el mismo Freud quien nos enseñara que “los muertos matan”¹. Para que ello no suceda, es menester servirse de los símbolos que nos legaran, entendiendo que ese servirse implica, necesariamente, encontrar sus límites, alcanzar una y otra vez aquello de lo que ellos no pueden dar cuenta, y que esos límites sirvan de causa para superarlos, para poder ir más allá de ellos.

También esa idea debemos a Freud. Una idea que tiene consecuencias fundamentales para el psicoanálisis, ya que recorta un punto central: ir más allá del padre.

LA INTERPRETACIÓN CLÁSICA DE UN TEXTO

La idea de ir más allá del padre constituye un legado fundamental de Freud, el primero de los dos a los que me referiré en el presente trabajo. Legado que puede leerse (y así se ha hecho clásicamente) en el texto “Un trastorno de la memoria en la Acrópolis (carta abierta a Romain Rolland en ocasión de su septuagésimo aniversario)”. Freud escribe dicha carta en 1936. Es su modo de celebración y homenaje a alguien a quien admira: Romain Rolland. Lo admira “por su amor a la verdad, por el coraje de sus creencias, por su afición y devoción a la Humanidad.”². Como se nota rápidamente, todos los elogios que Freud dirige a Rolland pueden serle aplicados a Freud mismo. Podríamos pensar que hay una identificación en juego.

No solo el humanismo de Romain Rolland atrae a Freud, también el goce que los escritos del poeta le procuran.

Pero rápidamente (subrayo este punto que, como se verá más adelante, tendrá consecuencias esenciales) Freud se define como un “venido a menos que ha visto una vez días mejores”³. Por eso de algún modo se disculpa con Rolland, ya que dice que lo único que puede ofrecerle como regalo es una página de trabajo: la interpretación de una experiencia vivida en 1904, y que nunca llegó a comprender cabalmente.

El hecho en cuestión le sucedió a Freud en el curso de unas vacaciones. Freud solía compartir sus vacaciones con un hermano diez años menor. En el momento que escribe se da cuenta de que hay una coincidencia en edad entre su hermano y Rolland.



1. Sigmund Freud, “Tótem y tabú”, en *Obras completas* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1972), 1785.
2. Sigmund Freud, “Un trastorno de la memoria en la Acrópolis (carta abierta a Romain Rolland en ocasión de su septuagésimo aniversario)”, en *Obras completas* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1972), 3328.
3. *Ibíd.*

Pensaban viajar a Corfú, pero un amigo común intentó disuadirlos para que cambiaran Corfú por Atenas. Ambos padecen entonces un inexplicable mal humor, un sentimiento de desazón que acompaña a la idea de que será imposible tal viaje (entre otras cosas, porque sin pasaportes no podrían entrar en Grecia). Pero sucede algo curioso: a pesar de tales ideas, a pesar del malestar que ellas les han generado, cuando abre la oficina de venta de pasajes los dos se presentan en la ventanilla y compran el pasaje sin dudar y sin siquiera consultarse, como si ya cada uno de ellos lo hubiera decidido así con anticipación... incluso como si se hubieran puesto de acuerdo.

Ya en la Acrópolis surgen en Freud una sensación de extrañamiento y una serie de sentimientos y de pensamientos. Primero se dice: “¡De modo que todo esto realmente existe tal como lo hemos aprendido en el colegio!”⁴.

Es decir que es como si no pudiera creer estar allí. Comienza a darse cuenta de que le sucede como a veces les sucede a muchas personas, que creen que algo es demasiado bueno para ser cierto. O como les sucede a otras, que fracasan al triunfar, o sea, no pueden soportar lo bueno que les está sucediendo.

Los sentimientos que llaman la atención a Freud son, primero, la desazón, y el extrañamiento o desrealizamiento después.

Al comienzo Freud relaciona dichos fenómenos con el *déjà-vu*, *déjà-raconté*, la *fausse reconnaissance* y las alucinaciones. Es decir que intenta explicar los hechos por el lado de los fenómenos que están en el borde de la realidad, en ese terreno oscuro y ambiguo que está entre lo real y lo irreal.

Pero la explicación no está en ese camino. Freud la relaciona a continuación con una idea que será decisiva: “asocia” con el rey que mata al mensajero que le trae las malas noticias... como para no enterarse de estas.

Así arriba a lo que considerará el meollo del problema: las sensaciones mencionadas cumplen el objetivo de defender contra la culpa por haber matado al padre, simbolizado en el hecho de haber llegado tan lejos, de haber llegado más lejos que el padre mismo. En ese sentido es esencial la asociación de un episodio de la coronación de Napoleón I, quien habría dicho entonces a su hermano algo que el mismo Freud podría haber dicho al suyo (o viceversa) en la Acrópolis, referido a lo que diría el padre si los viera allí, habiendo llegado tan lejos.

Queda resignificado así que la incredulidad sobre la existencia misma de la Acrópolis de Atenas no era tal, sino el disfraz de una idea: él nunca podría estar allí. No es que no exista la Acrópolis, es que él creía (o quiere creer) que no existía... para él.

4. *Ibíd.*, 3329. Pero ¿por qué motivo era para Freud (y al parecer también para su hermano) imposible llegar a la Acrópolis? Para defenderse de tempranos deseos infantiles, ya

que la insatisfacción con el hogar y la familia de origen es la que determina el ansia de viajar, es decir, los viajes quedan teñidos del cumplimiento de “deseos tempranos”⁵.

En definitiva, al principio Freud interpreta de acuerdo con el Edipo clásico. Sin embargo, en la cuestión que aborda quedan amalgamados dos aspectos importantes: la idea de asesinar al padre y la de ir más lejos que él. Procuraré demostrar que es necesario separar y diferenciar netamente ambas ideas.

Ese “más lejos” es particularmente fuerte a partir de Atenas, dado que Grecia no hubiera significado nada para un comerciante con poca instrucción como era el padre de Freud. A la inversa, es conocido el enorme interés de Freud por la mitología griega.

En el sentido de amor a la Humanidad y a la cultura, que de algún modo queda simbolizado en la idea de Grecia, Freud queda hermanado con Romain Rolland, no solo por el coraje y su interés por la verdad, sino también por el humanismo, que tal vez se contraponga en parte a las “prácticas comerciales”.

En definitiva, el hijo “va más lejos” que el padre. Si lo pensamos por medio de una metáfora espacial, podríamos decir que llega a un lugar (o alcanza determinada posición) a la que el padre no accedió.

Se lo puede considerar como asesinato en el sentido de *Tótem y tabú*, es decir, en el sentido de algo que comienza, de que ya la vida no quede centrada por completo en torno al padre, sino que, una vez incorporadas simbólicamente sus enseñanzas, él mismo quede en un segundo plano.

Es precisamente en *Tótem y tabú* donde Freud diferencia ancestro de espectro⁶: el espectro es una figura amenazante, el retorno real del muerto mismo, que hace temer a los que quedaron vivos que puede venir a llevárselos con él. El ancestro, en cambio, no mata, sino que nutre a las generaciones siguientes con sus símbolos; posterior al trabajo del duelo, el muerto queda perdido y su “retorno” es simbólico.

Así, el término ‘asesinato’, que se relaciona con una culpa posterior, implica cierta ambigüedad, ya que es el asesinato que forma parte de la rivalidad edípica. Ir más allá del padre, en este plano, no es más que el triunfo sobre el rival, un crimen merecedor de castigo.

Con esta connotación, queda opacada otra connotación que podemos adjudicar al asesinato: un cambio en la estructura de una situación, una modificación en los registros, el fin de una época y el inicio de otra, que ya no implicará tanto el endiosamiento del padre.

Por eso cuando, al principio, Freud interpreta triunfo, superación, “ir más lejos que”, como culpa por el asesinato del padre, queda en parte achatado el problema, considerado solo en su faz predominantemente fálica, que “condena” al sujeto a una única alternativa: avanzar y consumir el hecho “criminal”, o bien retroceder ante el mismo.



5. *Ibíd.*, 3333.

6. Sigmund Freud, “*Tótem y tabú*”, 1785.

EL TÉRMINO ‘ASELINATO’

La genialidad de Freud nos abrirá, en el mismo texto, una perspectiva diferente: mucho más que el triunfo que derriba un dios, el asesinato escribirá el fin de los dioses.

La idea estaba ya contenida (aunque opaca) en *Tótem y tabú*, en una cuestión esencial: en la horda animal, lo esperable es que el macho joven mate al viejo y ocupe su lugar. Pero lo decisivo de la idea de *Tótem y tabú* es que nadie ocupa el lugar del padre asesinado, ninguno de los hijos lo reemplaza. Si se lo reemplazara, no se generaría sino “más de lo mismo” (aunque renovando el personaje): al “rey” sucedería un nuevo rey, destinado a ser reemplazado a su vez en el futuro, y así sucesiva e interminablemente.

En cambio, la construcción de ese lugar como lugar vacío genera el comienzo de una era diferente. Es el comienzo de la civilización, el origen de la cultura y de la sociedad.

Las diferencias pueden también pensarse relacionando el término ‘superar’ por el término ‘prescindir’ (del padre). Si bien debemos este último significante a Lacan⁷, sirviéndonos de él podremos leer, en la letra freudiana, un nuevo aspecto que, así, formará parte de su legado.

Freud nos ha enseñado (y posteriormente lo acentuó Lacan), con el complejo de Edipo, el papel central que la función paterna tiene en la constitución neurótica. Asimismo, que la dramática relacionada con el asesinato del padre primordial es un hecho central de dicha estructura.

La cara normativa de la ley está ligada a una fuerza feroz, insaciable y castigadora, al poder de un “personaje” que, si bien la promueve y garantiza, también obliga, castiga y llama a la obediencia ciega. La castración queda indefectiblemente ligada a quien parece no estar sometido a la ley que impone.

El amor al padre “revive” (fantasmáticamente) al padre terrible de *Tótem y tabú*⁸, al que el neurótico se somete para asegurarse su protección. Pero no es solo amor, es preciso incluir el goce: Lacan lo hace con el término *père-version*⁹, y también ubicando como único sadomasoquismo “logrado” el “acuerdo fantasmático” entre padre e hijo¹⁰, por el que el hijo cambia seguridad y protección por sometimiento.

Por su aspecto propiciatorio, el padre somete al hijo al significante y deja el goce del Otro como una sombra potencialmente amenazante, pero a la vez inexistente. Sin embargo, en otro aspecto, el padre somete a su goce de amo. Ello no es extraño, ya que creando, dando vida, todo hombre puede llegar a crearse un dios, porque roza una trascendencia que parece ir más allá de las humanas limitaciones.

Cierto es que es el padre quien corta y delimita los territorios, desprendiendo al hijo de la demanda incestuosa de la *lalengua* y la absolutización del poder del Otro. Pero también es cierto que tenderá a declararse “emperador vitalicio” del nuevo reinado, a transformarse en el Uno-único portador fálico.

7. Jacques Lacan, *Seminario xxiii. El Sinthome* (Buenos Aires: Paidós, 2006), 133.

8. Sigmund Freud, “Tótem y tabú”, en *Obras completas* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1972), 1840-1842.

9. Jacques Lacan, Clase del 8 de abril de 1975, en *Seminario xxiii RSI. Folio Views* (bases documentales).

10. Jacques Lacan, *Seminario xxiii. El Sinthome*, 82.

Entre esos dos abismos se despliega la normativización neurótica: protección capaz de llevar al sometimiento; normativización que introduce al mundo del semblante, pero a la vez despliegue de la rivalidad con la omnipotencia fálica; constitución del sujeto y posibilidad del deseo al mismo tiempo que se promueve el goce de mandar y el de ser mandado.

Desde que hubo padre, la vida de un sujeto gira en torno a un eje: sostenerlo o prescindir (para lo cual es necesario haberse servido) de él.

Es de estructura, para los hablantes, que la castración implica tanto un corte como su desmentida. Se tratará entonces de un “nuevo” desasimiento, de un “volver a pasar” que reactualice la castración simbólica. Si es de estructura que el padre sea endiosado, tal reactualización será la difícil construcción del ateísmo en el sujeto, entendiendo por ateo al que logra eliminar el fantasma de la omnipotencia, que es la positivización (renegatoria) de ϕ ¹¹.

El gorila que Freud toma de Darwin¹² y el toro de la manada que toma de Atkinson¹³ deberán caer: del macho al hombre, del padre endiosado a sostenerse en el ateísmo, del sueño de omnipotencia a soportar las limitaciones (que constituyen una de las formas de la castración).

EL FANTASMA NEURÓTICO

La reactualización de la castración implica modos muy diferentes para el varón y para la mujer. Para el primero, la principal dificultad radica en que la virilidad de portador fálico que ha de alcanzar implica un momento de “feminización” previo: el poder del padre le es necesario para su posterior identificación con él. Sin embargo, tal poder del padre también implica el riesgo de sometimiento. Así, la etapa de feminización, sostén y condición de la virilidad es, a la vez, un obstáculo.

El Padre terrible hace posible una identidad para la masculinidad. Es un mito fructífero: el neurótico “inventa” ese mito tanto como ese mito “inventa” al neurótico. Una vez constituido (míticamente) el padre terrible, el sujeto deberá desprenderse de él, para lo cual es necesario que el sujeto no insista en “encontrar” ese padre-Uno en “la realidad”, haciendo de ese lugar una encarnadura.

El fantasma trata de sostener dos tendencias a la vez: el varón busca tanto “tener” un padre (aunque ello lo feminice), como prescindir de él (para ser hombre, a su vez).

La disimetría con la niña es muy marcada. Para ella, el padre amalgama la protección frente al estrago materno, con la atracción libidinal por la virilidad y la potencia. Por ello es insuficiente el pasaje de la madre al padre, deberá también pasar del padre al hombre.



11. Jacques Lacan, *Seminario x. La angustia* (Buenos Aires: Paidós, 2006), 332.

12. Sigmund Freud, “Tótem y tabú”, 1827.

13. *Ibíd.*, 1838.

También en ella el fantasma neurótico trata de sostener ambas cosas a la vez. Basta pensar en la clásica seducción: la aparición de “otro hombre” desplaza al padre, pero algún síntoma vuelve a expulsar al recién llegado y a entronizar otra vez al padre. El reemplazo del macho por el hombre es así realizado y desmentido incesantemente¹⁴.

La efectividad del padre hace que el sujeto no quede totalmente sometido a una omnipotencia del Otro que vivencia como sin límites y que cualquier goce que un sujeto alcance sea siempre limitado.

Pero la efectividad de ese padre implica un conflicto esencial, ya que algo de lo prohibido reaparece (“desde” el padre) como un goce que tiende a ubicar nuevamente al sujeto como objeto (aunque dicha ubicación, ahora que ha sido introducida la castración, será solamente parcial).

La constitución misma del fantasma neurótico implica, como carozo de su estructura, un pacto sadomasoquista entre padre e hijo: el primero quedará instalado entre los dioses que se niegan a resignar su trono, el segundo entregado a sacrificarse por el padre (o quien ocupe tal lugar) por no perder su protección. Entre ambos, cierto grado de absolutización del falo y de una rivalidad que se estira infinitamente.

Tal rivalidad implica una beligerancia interminable, implica la reducción de la vida a lo más elemental, casi a la supervivencia misma. Como en una guerra que no culmina nunca, donde vivir es solo salvar la vida. Aunque algo exagerada, la idea permite imaginarizar la reducción por la cual la conservación adquiere el carácter de único valor para sostener.

El único modo en que se puede superar tal ignominiosa reducción, el único recurso para que la vida del sujeto pueda adquirir un espesor diferente es cuando, a partir del “padre real”¹⁵, se efectiviza la castración. De allí que es de decisiva importancia, para la eficacia de dicha castración, el grado de aceptación que el padre (y quienes se ubican en ese lugar para el sujeto) pueda alcanzar de su destino: caer del “trono” en el que ha sido ubicado, soportar tanto su endiosamiento como su destitución del mismo. Solo así se facilita la introducción de la imposibilidad, necesaria para el hijo en la elaboración del duelo por el padre imaginario. A mayor incapacidad del padre de tal aceptación, es mayor la persistencia de la rivalidad edípica y se incrementa la dificultad (en el hijo) para pasar a otro plano.

BREVE PARÉNTESIS: LA SERIE

Puede resultar útil, como breve ilustración lógica, la consideración de una serie numérica. “Hay Uno” funda lo enumerable, hecho que Lacan denomina “efecto de orden”¹⁶: a partir de un primer significante, sutura y marca de una falta original, se

14. Un poeta popular lo dice a su manera: “El gorila es superior al hombre en el abrazo.

Muchas mujeres te lo dirán”. George Brassens, *N. Revista de Cultura* 278 (2008).

15. Jacques Lacan, *Seminario IV. La relación de objeto* (Buenos Aires: Paidós, 1999), 222.

16. Jacques Lacan, Clase del 8 de enero de 1974, en *Seminario XXI, Los incautos no yerran (los nombres del padre)*. Folio-Views (bases documentales).

abre una serie que propaga dicha sutura. Cada representante implica una fuerza que lleva al que le sigue, de forma tal que a cada uno le sigue otro y otro y otro, seriación que no se detiene.

La lógica de la serie implica (entre otras cosas) la caída de cualquier pretensión de ser “único”, la revelación de que cada número queda ubicado como “uno más”.

El funcionamiento mismo de la serie pone de manifiesto la insuficiencia de cada representante para erigirse como el que la cierra o la completa. Ese punto de cierre hacia el que la serie converge queda desplazado a un infinito que no se alcanza. La serie presenta, como cuestión lógica ineludible, inherente al significante mismo, tanto la tendencia a esa operación de cierre como su imposibilidad.

La insuficiencia del Uno se desliza, está implícita en cada uno de los números que le siguen. Pero también está implícita y operando la pretensión de cada uno de ellos en ser el que subsane la falla del Uno o, dicho de otro modo, en ser un Uno (el único Uno) sin falla.

Si durante algún tiempo cada número pudo creer (y hacer creer) dicha ficción, el orden de la serie demuestra rápidamente que cada número es “uno más”.

Es el número siguiente el que, por su presencia misma, asesta un golpe mortal a la engañosa suficiencia del número que le precedía. Es un hijo quien viene a reubicar a un padre como “uno más” en la serie. Quien porta las “malas nuevas”, la noticia de la castración del padre, al que viene a recordarle su destino mortal. A recordarle el olvido que lo aguarda luego del (breve) lapso en que perdura como ancestro en los símbolos que haya logrado transmitir.

Sin embargo, la neurosis tiende a transformar al hijo en quien viene, no a interrogar, sino a sostener, a prolongar, a continuar al padre. Y en ello participan tanto el padre como el hijo, aunados en un mismo interés: ahorrar al padre la amarga verdad.

Freud entenderá ese pacto y nos lo transmitirá entre líneas en el texto sobre la Acrópolis de Atenas: un hijo que calla su mensaje y se niega a ir más lejos que su padre, un rey que mata al mensajero (el hijo mismo) que trae las malas noticias (la castración del padre).

Freud comienza a apartarse de entender el problema únicamente desde la vertiente de la rivalidad edípica: un cambio en la idea de “superar al padre” le permitirá pasar de la connotación de triunfo “sobre” el padre, a la idea de “ir más lejos que él”, donde la superación está referida a lo que impide avanzar más allá de él.

Así nos lo enseña también un poeta: “He llevado tu nombre un poco más allá del odio y de la envidia”¹⁷.



P/a "Cuzelo Tuoro"
Cuasimodo
Roma
88

17. Salvatore Cuasimodo, “Al padre”, en *Obra completa* (Buenos Aires: Sur, 1959), 369.

UN CAMBIO EN EL SUJETO DE LA ENUNCIACIÓN

La idea que Freud introduce como “más allá del padre”, aunque de importancia fundamental, no será el único legado freudiano. El final del texto nos llevará a otro aspecto, también de enorme trascendencia teórica y clínica: un nuevo legado, que valoro como esencial para la consideración del fin del análisis.

En un instante relampagueante, hay en el texto un cambio en el sujeto de la enunciación: Freud deja de escribir como un hijo que “supera” al padre y pasa a hacerlo como un padre que enfrenta el momento en que la castración se actualiza para él.

Es una página conmovedora, donde Freud se reubica como alguien para quien los buenos tiempos van llegando a su fin, alguien que casi no puede valerse por sí mismo ni puede viajar. Tal vez como ese emperador que imaginara Marguerite Yourcenar desde el epígrafe, afrontando el momento de la “derrota aceptada”¹⁸.

Pero el término a destacar en la frase no es ‘derrota’, sino ‘aceptada’. Aceptación que es auténtica en Freud: en su declinación, frente a la muerte y el olvido, no se dedica a matar para mantener su reinado, ni acusa a su hijo de querer asesinarlo, como haría un “padre kafkiano”¹⁹. Tampoco exige honores especiales viviendo de las glorias del pasado, ni se queja de la ingratitud del mundo, ni se dedica a asegurarse (o reclamar) el monumento que cree se le debe.

Freud no retrocede. Conmueve la fuerza de su deseo en esos momentos en que sabe que su viaje está terminando: soporta lo que un hijo le revela, sin ubicarse como un hijo que busca un padre protector ni como un padre-rey que mata al mensajero.

Por el contrario: Freud confía en el psicoanálisis, se somete a él, vuelve a analizar los síntomas padecidos treinta años antes. Puede escuchar entonces el mensaje que su hijo (el psicoanálisis) le trae: la actualización de la castración. La castración es el motivo por el cual aquellos antiguos síntomas conservan su vigencia para él.

La caída de los dioses es uno de los nombres de la castración.

Los que insisten en mantenerse en el centro del mundo, aquellos cuyo único desvelo es permanecer (sin importar el costo), los que prefieren el alboroto y aun la destrucción antes que afrontar el olvido, los que se oponen a que algo se construya si esa construcción es sin ellos, los que eternizan la rivalidad edípica...²⁰ se trata solo de esfuerzos por mantener los “privilegios”. Con ellos se reniega de la castración. Y tanto desde el lugar del padre como desde el del hijo, ya que, por el fantasma neurótico, ambos coinciden en el objetivo.

“Piedra libre” es un poema de Antonio Requeni²¹:

El padre juega con sus criaturas.

La cara vuelta contra la pared

18. Marguerite Yourcenar, *Memorias de Adriano* (Buenos Aires: Sudamericana, 2003), 12.

19. Puede verse, como ilustración de lo dicho, *La condena*, el cuento de Franz Kafka.

20. La rivalidad padre-hijo puede, en algunas ocasiones, salir de lo discursivo y tomar la forma del asesinato (habitualmente del hijo, más raramente del padre): guerras, matanzas y muchas otras tragedias (de las que suelen aparecer en las noticias policiales) pueden pensarse a partir de esta idea.

21. Antonio Requeni, *El vaso de agua* (Buenos Aires: El Francotirador, 1997), 11.

y el brazo levantado hasta los ojos,
está contando como si llorara.
Y mientras cuenta sus criaturas crecen,
van por el mundo, suben escaleras,
se enamoran o estudian geografía.
Cuando termina de contar, el padre
entra en los cuartos y revisa muebles.
Apenas ve. ¿Quién apagó las luces?
Su voz, que ha enronquecido, los invita
a dejar de una vez sus escondites.
Y los hijos regresan, jubilosos.
¡Cómo han crecido! Son casi tan altos
como los sueños que en su juventud
solían desvelarlo dulcemente.
¡A contar! ¡A contar! —exclama el padre.
(Los grandes siempre vuelven a ser niños).
Y los hijos se apoyan contra el muro,
hunden la frente entre sus brazos. Cuentan.
Y mientras cuentan —once, doce, trece...—
el padre se va haciendo pequeñito.
Cuando terminan de contar lo buscan.
Lo buscan pero el padre no aparece.
Se ha escondido debajo de la tierra.

Aunque en un principio es el padre el que cuenta, si puede anticipar el (su) final y llorarlo (aunque todavía esté contando), entonces llegará el tiempo en que sean los hijos los que cuenten.

Con su modo de aceptación del ineludible final, Freud nos deja un nuevo legado: la castración deberá actualizarse. Solo así se podrán alcanzar la humildad, la nobleza, la dignidad, el coraje de quien se sostiene “sin servir a ningún dios”²² ni atesora fantasmas de omnipotencia.



22. Jacques Lacan, *Seminario x*.
La angustia, 332.

BIBLIOGRAFÍA

- BRASSENS, GEORGE. "El gorila es superior al hombre en el abrazo. Muchas mujeres te lo dirán". *Ñ. Revista de Cultura* 278 (2008).
- CUASIMODO, SALVATORE. "Al padre". En *Obra completa*. Buenos Aires: Sur, 1959.
- FREUD, SIGMUND. "Tótem y tabú". En *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1972.
- FREUD, SIGMUND. "Un trastorno de la memoria en la Acrópolis (carta abierta a Romain Rolland en ocasión de su septuagésimo aniversario)". En *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1972.
- KAFKA, FRANZ. "La condena". En *Obras completas*. Barcelona: Teorema, Visión Libros, 1983.
- LACAN, JACQUES. *Seminario IV. La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós, 1999.
- LACAN, JACQUES. *Seminario X. La angustia*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- LACAN, JACQUES. *Seminario XXI. Los incautos no yerran (los nombres del padre)*. Folio Views [bases documentales], s. f.
- LACAN, JACQUES. *Seminario XXII. RSI*. Folio Views [bases documentales], s. f.
- LACAN, JACQUES. *Seminario XXIII. El Sinthome*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- REQUENI, ANTONIO. *El vaso de agua*. Buenos Aires: El Francotirador, 1997.
- YOURCENAR, MARGUERITE. *Memorias de Adriano*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003.